

DISCURSO XIII.

Soledad.

*Posuit me desolatam.....
Audite, universi populi, et videte dolorem meum.*

(Jer., cap. I, vers. 13 y 18.)

Me dejó desconsolada.....
Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.

(Jer., cap. I, versículos ya citados.)

SE ha llenado y rebosa por los bordes la copa de la divina venganza; la justicia de Dios ha quedado satisfecha con el sacrificio del objeto que más amaba; y los rayos de su poder han hecho pedazos un pueblo sobre cuyos escombros deleznales y maldecidos ha de levantarse otro pueblo bendito é imperecedero. Á las tres de la tarde del día que hoy recuerda la Iglesia consternada ha exhalado el último aliento un Hombre cuyos hechos estremecieron á la Sinagoga, y cuya doctrina ha producido una completa revolucion en las costumbres; á la vista de los espantosos fenómenos que han acompañado su agonía, ha caído el trono de los Césares, se ha dispersado la más ingrata de las naciones, y la impiedad, vergonzosamente confundida, se ha precipitado en el abismo al choque de las piedras, al crujido de los sepulcros y al esconderse bajo ensangrentadas y densas tinieblas las azuladas bóvedas del firmamento: ya no hay mundo. Al soplo agonizante del mártir del Calvario, ha desaparecido, como el humo al insensible empuje de los vientos, aquella generacion aletargada y soberbia que sobre el monte de la ignominia y del dolor colocara, sin pretenderlo, el lábaro del triunfo y de la verdad. No hay naturaleza: la sangre del Nazareno, que corre á torrentes por el

orbe, ha cubierto para siempre una tierra estéril y maleada, y ha destruido sus bellezas sombreadas con la mancha de la iniquidad y de la abominacion; y debajo de aquella sangre, humeante todavía, brotará otra naturaleza, regenerada y agradecida, que ya en las primeras épocas de nuestro sér se figuró con la aparicion de un mundo purificado al impulso aterrador y violento de las aguas del diluvio universal.

Nada esperemos, señores. Llegó cuanto desearon los Patriarcas; sucedió cuanto vaticinaron los Profetas, y de lo presente, de lo pasado y de lo futuro, nada queda por hacer. *Consummatum est.* «Todo ha concluido.» No busquéis ciudad, porque se hundió; no busquéis templo, porque se desplomó; ni ritos, ni altares, ni sacrificios, ni ceremonias, porque nada valen de lo mucho que significaron, y yacen depositadas como trofeos gloriosísimos junto al tronco y á la sombra del árbol sacrosanto de la Cruz. No busquéis quien os vuelva á referir lo que pasó, porque ya no existen criaturas. ¿Qué he dicho, cristianos? Una criatura existe; pero tan atribulada como el náufrago que lucha con las olas sin poderlas evadir: tan abatida, como la azucena que marchitada inclina poco á poco su corola, hasta tocar en el suelo que ha de ser su sepultura; y tan afligida y tan sola, como la sencilla tórtola que llora en los desiertos, y cuyos lastimeros arrullos penetran y dividen los tejidos del corazón. Una criatura existe que salida del seno de la eternidad, engalanada de virtudes y coronada de gloria, hoy trueca sus vestidos por la túnica del pesar y el velo de la amargura. Una criatura existe que ha desempeñado hasta lo sublime el papel de co-redentora de los hombres, y que, crucificando su corazón con el que es ese mismo corazón, hubiera deseado morir para acabar también de padecer; pero no convenia. Existe, en fin, una criatura que ha sido toda para todos, y ahora, cristianos, no hay ninguno que sea para Ella; y que retirada no sé dónde, porque mis ojos no alcanzan á verla, se encuentra sumergida en un abismo de tan inexplicable desconsuelo, que fijando sus miradas en los mármoles frios de una tumba, la oigo decir: *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Ya habreis comprendido que la única criatura que nos ha quedado en el mundo es una Mujer; pero padezco horriblemente, y mi imaginacion se ofusca, y mis labios, temblando, no aciertan á pronunciar su nombre. *Posuit me desolatam.* Esa Mujer está sola. Acompañémosla nosotros *contemplando su Soledad*, y ved

aquí en lo que venimos á ocuparnos esta noche. Me son indispensables los celestiales auxilios; pero, ¿cómo acudimos para alcanzarlos, á implorar el patrocinio de la que está tan necesitada de consuelos? ¿No hay un Angel siquiera que lo haga por nosotros? El de la Anunciacion llora como todos los demás la catástrofe del Gólgota; se ha retirado á las regiones de la inmortalidad, y ocultando bajo sus alas la melancólica frente, devora á su sabor las impresiones del más acerbo sufrimiento. Y ¿qué hemos de hacer, cristianos? Digámosla de todo corazón: «Dios te consuele, Virgen Santísima de la Soledad.» Llena de gracia.

Ave Maria.

¡Con cuánta frecuencia se repite hoy la palabra *Soledad*, y qué poco se comprende su verdadera significacion! Sola una palabra, señores; pero ¡cuánto dice! ¡Cuán bien expresa su sentido filosófico el aislamiento del alma y el abandono del corazón! La soledad es un mar que presenta á la superficie una serenidad apacible y envidiable; pero que en su fondo revuelve y agita una tempestad que destroza las ilusiones, acibara los deseos y aniquila las esperanzas. Es una cárcel cuyo exterior ofrece un panorama seductor y pintoresco; pero cuyo interior es una mazmorra tan lóbrega y un calabozo tan hediondo, que la víctima que en él se consume muere sin dejar de vivir; y vive, pero como tocando siempre el fin de su existencia. Es una cadena de angustias y congojas, cuyo último eslabon vuelve é enlazarse con el primero, poniendo en tortura al pensamiento, pero sin reducirle nunca á la impotencia y á la nulidad. Es un ¡ay! continuo, pero de impresiones tan lúgubres, que deja ver, al lado de los inocentes recuerdos de la cuna, todo cuanto tiene de más horroroso el sepulcro, y que perturba la paz de los sentidos, trayendo las halagüeñas quimeras de la infancia hasta los humbrales de la eternidad. Situacion de lágrimas, cristianos; pero en que están extinguidas las facultades de llorar, y los sollozos se concentran, y los suspiros se ahogan, y las lágrimas que asoman á nuestras pupilas retroceden, y se ocultan, y vuelven otra vez al corazón para abrasarle; dejando, sin embargo, marcada nuestra mejilla con las indelebles arrugas de la mortalidad. La soledad es el mayor y el último de los dolores, porque nace de una falta que no se puede subsanar, de una pérdida que no se puede reparar; tal vez de un sacrificio que no encuentra otro sacrificio con quien se pueda comparar. Y no hablo aquí de esa soledad material en que nos deja la falta de compañía; ni de la que escoge

la criatura como descanso del cuerpo y recreo de la imaginacion, nó: hablo de esa soledad intelectual, de ese modo de existir y de padecer en que nos coloca la privacion absoluta del objeto que más amamos.

Si observais una matrona desmelenada, con el rostro lívido, con los ojos hundidos, con los labios helados, pero respirando fuego y rasgando como desesperada el plegado ropaje que la embellece, no pretendais consolarla; es imposible, porque está sola: coronó un sepulcro de flores, y las flores se marchitaron; allí no hay más que las cenizas de un hijo que espiró pronunciando el dulcísimo nombre de su madre. Si advertís una mujer cubierta de luto desde la cabeza hasta los piés, que escribe sobre un féretro un nombre, apénas inteligible, y que busca en el cielo el consuelo que no puede encontrar en la tierra, dejadla, por compasion, sentir: está sola, enteramente sola; es una viuda que recogió con el último alarido de su esposo la última fineza de su cariño y de su ternura. En todos los vivientes es espantosa la soledad; pero en una mujer parece insoportable; y cuanto más privilegiada, y más virtuosa, y más rica de dónes de naturaleza y gracia se ostenta esta porcion escogida del género humano, más sensible, y más inconsolable, y ménos llevadera se hace su soledad. Hagamos de todo lo dicho la aplicacion oportuna á la Mujer á quien venimos á consolar esta noche; Mujer cuya tribulacion no podemos contemplar sin pronunciar su nombre, y cuyo nombre no podríamos decir si no fuera la primera aspiracion de nuestros labios y el primer sentimiento de nuestras almas. MARIA.

Maria Santísima es una desconsolada Madre que ha visto morir y ha presidido los funerales del único pedazo de sus entrañas. Sólo con esta reflexion pasaríamos toda la noche y seríamos interminables. Maria ha perdido un Hijo, y le ha perdido, viéndole espirar; y le ha visto espirar, nó acompañado de sus discípulos y servidores, ni acariciado ni consolado de sus entrañables amigos, ni bendecido y llorado de los infinitos necesitados á quienes habia favorecido: no le ha visto morir tendido en su lecho, dulcificando las inquietudes del cuerpo con las tranquilas emociones del alma: le ha visto morir traidoramente vendido, acusado con calumniadora falsedad, desgarrado por los azotes, acribillado por las espinas y escarnecido con el ridículo, con las bofetadas y los andrajos: le ha visto morir de sed, sin poder aplicar á sus labios ni una gota de agua; de cansancio, sin que le fuera dado reclinar en su virginal regazo aquella atormentada cabeza; y de amor, porque sólo el amor hizo al Hijo de Maria arrastrar la Cruz hasta

el Calvario y concluir en ella, dando testimonio de poderío y de majestad: le ha visto espirar, cristianos, pero negándola, por un efecto de sus incomprensibles designios, el nombre de Madre, en el último instante de su vida: le vió morir padeciendo; ahora padece más porque no le vé.

Tú, cualquiera que seas, madre de familia, que á la cabecera del lecho de tu hijo has recogido uno por uno todos sus suspiros, has sufrido uno tras de otro, ó tal vez todos á un tiempo, sus cruelísimos dolores, y has fallecido con él tantas veces cuantas una congaja mortal amenazaba robarte su existencia, levántate y dinos por caridad... Pero, ¿qué ha de decirnos, cristianos; ni qué es la madre de un hombre junto á la Madre del Hombre-Dios? Mucho sufrió Maria en el martirio de su Hijo; pero no admite comparacion con lo que ahora sufre en su amarga soledad: Ella misma lo dice: *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.» Y la palabra de Maria es infalible, y el sentimiento de Maria sólo Dios le pudiera definir.

Maria Santísima es una esposa que ha quedado viuda, pero viuda de un esposo cuya fidelidad y cuyo cariño no tienen semejante: ha perdido un esposo que la coronó con el resplandor de los astros más brillantes del día y de la noche; que la segregó de la raíz pecadora para poner en Ella su trono, y que la legó en su última voluntad un amor que sólo Maria podía comprender, y una soledad que sólo Él podía consolar. Maria es á nuestros ojos como una cándida paloma que ha perdido su querido compañero, y abandona la florida alameda que presenciara sus delicias, trasladándose al umbroso páramo, teatro de sus combates y tumba de sus memorias. ¡Oh Virgen Santísima de la Soledad, atribulada Emperatriz del mundo! ¿qué os ha puesto en ese estado? ¿Por qué nos manifestais vuestra aficcion, si entre la multitud de cristianos que os rodea no hay uno que pueda decir: «yo sé lo que padecéis, pero he encontrado el lenitivo que ha de modificar vuestro dolor?» Los Evangelistas os contemplan desde léjos, y callan: los Padres y Doctores de la Iglesia hojean los sagrados textos para decir alguna cosa de vuestra soledad, pero enmudecen: la Iglesia misma ese rebaño de que sois Pastora, sufre con Vos, se identifica con Vos, une su llanto al vuestro...; pero no se percibe otro llanto que el de Maria, porque no hay tampoco otra soledad como la soledad de Maria. El universo entero, católicos, huye de la presencia de Maria al escuchar la palabra *soledad*, porque el universo abandona siempre al desgraciado; y Maria se presenta á

vuestra vista como un punto colocado entre la alegría y el pesar, entre la vida y la muerte, entre el tiempo y la eternidad.

Ni las metáforas mejor acomodadas, ni las alegorías más brillantes, ni las enérgicas figuras de una elocuencia consumada, pueden detallar con propiedad sobre el papel ó el pergamino la lucha de encontrados afectos que sólo Maria pudo sostener: ni el pincel supo trazarla de otra manera que sola; ni los buriles acertaron á dejarnos de esta Mujer extraordinaria otra efigie que la de una matrona, inerte como una roca y pálida como un mármol, envuelta en una vestidura blanca, emblema de su santidad y de su pureza, y escondida bajo el manto teñido por la mano de la muerte, negra, pero significativa expresion de su desventura y de su dolor.

La naturaleza misma, señores, se hunde bajo las plantas de Maria, porque no tiene en la dilatada extension de sus dominios una cosa que pueda figurar su soledad: ni la flor que se deshoja, ni la hoja que se desprende, ni el fruto que se cae, ni el aroma que se desvanece, ni el bajel sin áncora y sin timon que fluctúa al capricho de los vientos, ni nada de cuanto lo humano tiene de más sombrío, puede representarnos á Maria rodeada de las sombras de una eterna noche, porque eterno era también el día que para Ella y para nosotros acababa de oscurecer. La naturaleza, digo, se hunde bajo las plantas de Maria; y la Señora, en el elemento de su aficcion, aparece suspendida, como está suspensa una nube entre las ondas que la sonrien y el cielo que la corona. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.»

Yo veo á la solitaria Reina de los mártires, haciendo un esfuerzo sobrehumano, retirarse del huerto, pero retirarse sin corazon, porque entre el Hijo y la Madre, entre el esposo y la consorte no habia más que un corazon, y ese quedaba sepultado: la veo retroceder, aunque con violencia, por el mismo camino que trajo Jesus hasta el suplicio, tal vez manchando la orla de sus vestidos con la preciosa sangre del Cordero, tal vez tropezando, por el desaliento y por la oscuridad, en las mismas piedras donde cayó el Redentor, y volviendo una, y dos, y cien veces la cabeza para mirar al sitio donde yacia el que era carne de su carne, hueso de sus huesos, y sangre de su misma sangre. Como la tímida corza que burla acosada las asechanzas de los cazadores, la Virgen atravesaria por las plazas más desiertas y las calles más ignoradas, recelosa todavia de los rigores de una encarnizada persecucion. Huye la Virgen, pero el recuerdo la sigue: penetra en el cenáculo de Sion, y el Angel de la tristeza bate sus cenicientas

alas sobre la cabeza de Maria, y como que el viento hace estremecer las anchurosas bóvedas repitiendo incesantemente la palabra *soledad*.

Maria Santísima, católicos, no tiene ya ni el infortunado consuelo de ver padecer á su Hijo, nuestro Dios; y su soledad es más amarga que la de los condenados, porque aquéllos en su desesperacion, todo lo aborrecen y todo lo maldicen: Maria ama más su dolor cuanto más la abrumba, y bendice sin cesar la causa que le produce. Su soledad es más fúnebre que la de las almas del Purgatorio, porque aquéllas, en su esperanza, como que las basta esperar para afligirse ménos; y si es cierto que más uno se impacienta cuanto más espera; y si es verdad que con mayor ansia se espera cuanto con más intensidad se ama, es indudable que aumenta la soledad de Maria el amor del Salvador, y la depura y aquilata la tardanza del suspirado momento de volver á saludarle. Como el acero se mueve inquieto hasta unirse con el iman, así se agitaria la Virgen Madre, resuelta acaso á volver al sepulcro para ser la primera que al estampido de la losa gozase del asombroso espectáculo de la Resurreccion; pero hay un agente más poderoso que Maria, una congoja que la tiene inmóvil, una pesadilla que arranca de su seno acompasados suspiros, como son acompasadas las vibraciones de la péndola de un reloj. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Fatigo mi mente, señores, y fatigo también vuestra atención; pero es tanto lo que arrebató mis potencias y embriagó mis sentidos la soledad de Maria, que quisiera yo ahora ver en este sitio á todo el linaje humano, reunido para contemplar el estado en que hemos puesto á la más inocente entre todas las mujeres y á la más sensible entre todas las madres; quisiera yo que los cristianos vieran con los ojos de la piedad la situación á que ha reducido á Maria la ingratitud de sus hijos, y que los infieles miraran al reflejo de la fe cuánto pueden esperar de la que ha quedado sola para no tener otra compañía que sus hijos de adopción, ni otro cuidado que el de reducir las almas al aprisco de la Iglesia, como la zagalita que al declinar el día reúne cuidadosa sus ovejuelas para librarlas, al abrigo de un techo pajizo, de las garras del lobo y de los rigores de la intemperie. ¿Y habrá quien diga que la soledad de Maria es un campo tan árido que apenas ofrece materia que exponer, ni asunto que meditar? ¡Aserción imperdonable, cristianos! Nada es insignificante en la que es el consuelo de los afligidos;

nada pequeño en la que Dios hizo grande; nada árido en la que fué, es y será siempre tabernáculo santificado del Altísimo. Nada nos dice la soledad de Maria! ¿Y no vemos en el corazón de esa Señora el corazón más propicio para amar y más magnánimo para padecer que han cobijado los cielos y ha sustentado la tierra? ¿No admiramos una paciencia invencible, nó ya para sufrir la pérdida de Jesús, sino para tolerar la deserción de una muchedumbre envilecida que la insulta porque la vé sola, y la escarnece porque el único delito que encuentra en Ella es el ser la dispensadora de todos los beneficios? ¿No llama nuestra atención una resignación imperturbable con la divina voluntad, contra quien no pudieron jamás ni los espíritus del abismo ni las astucias de la serpiente? Maria Santísima, humilde en la exaltación, exaltada y engrandecida en la más penosa humillación; guiada en su dolor por una fe tan eterna como divina; dulcificada en su angustia con una esperanza tan divina como bien fundada, y acompañada en su soledad por una caridad toda de Dios, lluvia benéfica que derrama sobre nosotros sin agotarse, y fuego celestial que la abrasa y nos refrigera sin consumirse.

El Criador sacrifica su vida, y muere por las criaturas: Maria sacrifica su deseo de morir, y vive, y queda sola, porque una madre debe y tiene que vivir para sus hijos. El Enviado derrama hasta la última gota de su sangre para redimirnos; y la Escogida no economiza una lágrima siquiera de su llanto para conmovernos, para persuadirnos y para confortarnos: es esa Madre que se arranca el pan de la boca por que no perezca de hambre el hijo que lleva en sus brazos; es esa Madre que se entrega voluntariamente á una perpétua vigilia por que descanse y duerma sosegado ese Hijo que tantos sacrificios le cuesta: es, finalmente, esa Madre que, porque nosotros no lloremos, se condena á verter perpétuamente de sus ojos dos ríos abundantísimos de lágrimas. Y, ¿quién sabe, señores, lo que es y lo que significa una lágrima de la Virgen? Miradlas con detención: una lágrima es el sello de su ternura, el norte más seguro de nuestra confianza; una garantía, la mejor para nosotros, de benignidad y de salvación; cada lágrima suya es una gota de bálsamo divino capaz, porque Dios así lo ha dispuesto, de cicatrizar todas nuestras heridas; las lágrimas de Maria solo revelan amor; son, á mi entender, el último toque, y como el complemento de la regeneración espiritual del mundo. Maria, admirable en prerogativas, admirable en su soledad; inimitable en virtudes, inimitable en su soledad; incomparable en los martirios, incomparable también en el mayor y el último de

los martirios, que es la soledad. *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

¡Viernes Santo, yo te saludo! Providencia de Dios, yo te reverencio! ¡Soledad de mi Madre y mi Señora, yo te bendigo! Pero no sin razon os lamentais, desconsolada Soberana de los cielos, nó del dolor en que os constituyó la pérdida de vuestro Hijo, sinó de esa segunda soledad, más amarga que la hiel, más cruel que todo padecimiento y tan prolongada como la eternidad; la soledad en que os deja en esta noche el corazon empedernido de los hombres. Ellos hacen saltar de vuestros ojos esas lágrimas puras como la cristalina gota del rocío; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os miran con indiferencia, os vuelven las espaldas y van á sumergirse en un golfo de tinieblas, huyendo de la verdadera luz, que es vuestro tiernísimo y solitario corazon; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que hacen. Os escuchan, y se hacen los sordos; sois su modelo, y no quieren imitaros; estais sola, y os dejan más sola, infinitamente sola...; pero, perdonadlos, Señora, porque no saben lo que es vuestra soledad. Vuestra soledad, diré para concluir, es un misterio en la esfera de los sufrimientos humanos, porque no hay corazon que la sepa sentir, ni lengua que la pueda expresar, ni entendimiento alguno que la llegue á comprender. Solo Vos que llamais con repetidos golpes á nuestras almas para decirnos lo que sufrís en esa desventurada, incomparable é incomprensible soledad. *Posuit me desolatam.* «Me dejó desconsolada.» *Audite, universi populi, et videte dolorem meum.* «Oid, naciones del mundo, y contemplad mi dolor.»

Pueblo cristiano: si la soledad es mayor cuanto es mayor el abandono, ¿cómo será la soledad de Maria, abandonada de las criaturas en el momento mismo en que las adopta en el Calvario? No sea, por Dios, ninguno de nosotros el que la haga apurar hasta las heces el cáliz de la amargura; y antes que Maria Santísima sucumba al dolor y al sufrimiento arrojémosnos á sus plantas; saludémosla como Reina de todo lo criado; bendigámosla como amparo de todos los vivientes... ¡Es tan dulce el nombre de Madre...! Pues bien; llamémosla Madre, cariñosa Madre, siempre nuestra Madre: invoquemos al amantísimo nombre de *Maria de la Soledad* en todos los instantes de la vida: de esta manera la acompañaremos en su afliccion, nos sorprenderá dichosamente la muerte reclinados en sus brazos, y despues será nuestra su amorosa compañía en las mansiones eternas de la gloria. Así sea.

DISCURSO XIV.

Sobre el mismo asunto.

Ambulate, filii, ambulate; ego enim derelicta sum sola. (Baruch, iv, 19.)
Andad, hijos, andad: porque me han dejado sola. (Ut supra.)

¿QUÉ ha quedado, cristianos, de aquel festivo murmullo, de aquel animado movimiento, de aquellos aplausos con que en las calles y plazas de Jerusalem era saludado el que venia bendito en el nombre del Señor? ¿Qué ha quedado en el huerto de Gethsemaní, las hojas de cuyos árboles parece que repetian la oracion agonizante del Nazareno, y cuyas arenas se vieron teñidas con la sangre y el sudor del Hombre más hermoso concebido en las entrañas de mujer? Amarga soledad. ¿Qué ha sustituido á aquella algazara infernal con que entre indecentes insultos y tratamientos inícuos, en el silencio de la noche, era traída y llevada de tribunal en tribunal la sacratísima persona del Divino Libertador de los pueblos? ¿Qué subsiste en la cima del Calvario de aquel espectáculo desgarrador que ha tenido lugar para satisfaccion de la justicia divina y para salvacion del universo? ¿Qué de aquellas tres horas de agonía inconcebible, en que para triunfar de la muerte, y del pecado, y del espíritu de las tinieblas, parece que agotó todos sus esfuerzos el amor divino? Melancólica soledad. ¿Qué resta del sentimiento que ha hecho la naturaleza, oscureciéndose los cielos, ensangrentándose los astros, desencadenándose los elementos, rasgándose el velo del santuario, haciéndose pedazos las piedras unas con otras, abriéndose los sepulcros y resucitando los muertos? ¿Qué contemplamos ya de aquella piadosa devocion, de aquel funeral recogimiento, de aquella compostura edificante con que una comitiva religiosa, abrumada de ese